



# Mi gran noche

## Miguel Béthencourt Castro

«Hoy para mí es un día especial, pues  
saldré por la noche.

Podré vivir lo que en el mundo no está,  
cuando el sol ya se esconde».

Desde niño, en mi casa, la Bajada de la Virgen de las Nieves se vivía de un modo distinto e ilusionante, se podría decir que «entre bastidores».

Mi padre colaboraba en las Fiestas Lustrales. Era uno de los organizadores de aquellas plateas donde se representaban los espectáculos en la maravillosa plaza de Santo Domingo, con sus portentosos árboles, sus pérgolas, su fuente central, su escalinata y rodeada de cultura, religión y de arquitectura tradicional.

En aquella plaza se gestó gran parte de mi niñez y juventud entre juegos, colegio e instituto... y, por supuesto, en los años

*Danza de Enanos (1980). AGLP*

lustrales, como todo buen palmero, disfrutando de estas extraordinarias fiestas, pero también ayudando a mi padre en cualquier tarea que pudiera realizar, desde barrer las escalinatas, que hacían la función de gradas, hasta barrer las «vagas» de los árboles, transportando, colocando y quitando sillas de madera plegables, pegando números, unas veces con «poliada» y otras con pegamento *Pelikan*, en la parte trasera de las sillas para organizar las filas, tareas de acomodador, etc.

Cada año que pasaba mi responsabilidad iba en aumento. Hasta el punto de darme mi padre aquellas entradas de diferentes colores, salidas de la Imprenta Perdigón, y de las que cada color correspondía a un espectáculo, para que, con dos ruedas dentadas con números y letras —que



*Enanos de 1980, de izquierda a derecha: Miguel Bethencourt Castro, Andrés Pérez Ortega, el Enano Cuatro con Punto y José Manuel Sosvilla Luis. MBC*

aún conservo, como uno de mis mejores tesoros—, una vez empapadas en tinta, las estampara en aquellos trozos de papel coloreado.

Aquellas letras y números eran la distribución de las sillas en cada uno de los actos y correspondían a unos planos, hechos por mi padre, en unas hojas de cuadros que me parecían enormes y en las que plasmaba, en planta, la representación de escenario, sillas de platea y cualquier otro espacio.

En la edición de 1980, mi primera Bajada universitaria, llegué más tarde por culpa de los exámenes pero, así y todo, al llegar seguí barriendo, colocando sillas aquí y allá, acomodando espectadores y hasta recuerdo que estuve en taquilla. ¡Vaya responsabilidad! Siempre se estaba dispuesto a cualquier cosa.

Aquella noche de Enanos, mientras colocábamos las sillas, mi gran amigo José

Manuel Sosvilla Luis, *el Flaco*, llegó un poco apurado preguntándome si le podía echar una mano:

—¡Coño, *Flaco*, si no terminamos de colocar las sillas, la función se retrasará!

—Miguel, esto es más importante, ven conmigo.

Me apresuré por terminar las filas de sillas y fui a dar con él.

—Miguel, tienes que estar en la caseta conmigo y ayudar a los Enanos.

Me ruboricé, se me pusieron los pelos de punta, me empezaron a temblar las piernas... En fin, soy incapaz de describir las emociones que se amontonaron, en cuestión de segundos, en mi cabeza.

Yo... no cabía en mí. Todo lo que pasó después, aquellos momentos mágicos, entre sudores y nervios, son inenarrables.

Las representaciones en Santo Domingo salieron a la perfección, no hubo

*Danza de Enanos en la calle (1980). AGLP*





*Danza de Enanos (1980). AGLP*

ningún sobresalto. Perfectas. Todo eran felicitaciones, emociones, lágrimas, sufrimiento, alegría... Un momento indescriptible que todavía hoy, cuarenta años después, me sigue emocionando.

Tras un «breve» descanso, nos fuimos a la calle. Ese intenso murmullo de la gente esperando ver a los Enanos: *sus enanos*; no hay palabras para describirlo. Y José y yo esmerándonos para que todo saliera como debía, trabajando con una inmensa alegría, satisfacción, agradecimiento y orgullo; ese orgullo que siente el palmero por lo suyo, y viviendo la magia de los Enanos en primera persona. Fue maravilloso.

Cuando terminamos en la plaza de La Alameda, estaba tan orgulloso que no tenía palabras de agradecimiento para José por su ofrecimiento al hacerme partícipe desde dentro, y para los Enanos por su comportamiento con nosotros.

Semanas más tarde se celebró la comida de «Enanos» donde, ya bastante más relajados, contábamos anécdotas de toda esa magia, de emociones, sensaciones y trabajo que al parecer, José y yo hicimos a la perfección, por lo que fuimos felicitados.

Todavía hoy, cuando voy de vacaciones a mi tierra y paseo por las calles de nuestra ciudad, me encuentro con algún Enano de

aquella Bajada que me saluda y en nuestra conversación recordamos aquellos tiempos, y siempre me comentan que mi amigo José y yo fuimos la mejor pareja de caseteros que todo Enano quisiera tener... («eran muy buenos, rápidos y eficientes») y vuelvo a revivir todo aquello.

Pasan los años, sigo recordando aquella noche, «mi gran noche», y le digo al *Flaco*, sin ánimo de parecer arrogante ni mucho menos, que hemos sido los mejores. «¿Qué pasará? ¿Qué misterio habrá? Puede ser mi gran noche. / Y al despertar ya mi vida sabrá, algo que no conoce. / Será, será esta noche ideal, que ya nunca se olvida...».

Desde estas líneas, para concluir, quiero felicitar y destacar la labor de todos esos «caseteros», anteriores y posteriores a nosotros, por su trabajo. Y dar las gracias a mi amigo, a José Manuel Sosvilla Luis, dondequiera que esté.



«Peña» de la Danza de Enanos Musulmanes (1980). AGLP

